

"Exmo. Señor.—A mi regreso de Buenos Aires encontre que la jenerosidad de V. E. habia puesto a mi disposicion una vajilla completa de plata: no estamos en tiempos de tanto lujo: el Estado se halla en necesidad, i es necesario que todos contribuyamos a remediarla. Por lo tanto, con esta fecha doi órden para que se ponga a disposicion de V. E. dicha vajilla; como así mismo el sueldo que se me tiene señalado por este Estado, con advertencia de que, del que he tomado daré a V. E. una noticia reservada de los fines en que ha sido empleado.

"Admita V. E. esta pequeña oblacion como hija de los sentimientos que me animan por el bien, prosperidad e independencian del Estado de Chile, suplicando a V. E. mui encarecidamente tenga a bien el reservarla.

"Dios guarde a V. E. muchos años.—Cuartel jeneral en la estacion de Orrego, enero 5 de 1818.—Exmo. Señor.—*José de San Martín.—Exmo. Señor Supremo Director Delegado de este Estado.*"

Acciones como las referidas hablan por sí solas, ofreciendo a los buenos ciudadanos ejemplos que imitar.

EL CAPITAN DON FERNANDO ÁLVAREZ DE TOLEDO.—Artículo de don Gregorio Victor Amunátegui.

I.

La historia de la guerra entre españoles i araucanos tiene la peculiaridad de estar escrita en gran parte en verso. La causa de este fenómeno debe atribuirse a la influencia poderosa de Ercilla, que presentó en su célebre poema un modelo bastante acabado a la imitacion de sus compatriotas del viejo i del nuevo mundo.

La *Araucana* se asemeja a uno de esos árboles corpulentos i vigorosos, cuyas raices se estienden a largas distancias bajo de tierra, las cuales dan de trecho en trecho el ser a otros árboles de la misma clase, aunque mas débiles i pequeños.

Don Alonso de Ercilla, el cantor de Pedro de Valdivia, es seguido por Pedro de Oña, el cantor de don García Hurtado de Mendoza. Pedro de Oña es remplazado a su vez en la poética tarea de escribir los anales de Chile por don Fernando Álvarez de Toledo.

Vamos a dedicar algunas líneas al autor del *Puren Indómito*, que sin poder aspirar a la gloria de su padre i abuelo literarios, es sin em-

bargo uno de los rapsodas de esa epopeya, no terminada todavía, de lanzadas i balazos, que se llama *conquista de Arauco*.

¿Cuál fué la cuna de don Fernando Álvarez de Toledo? Sin duda la España-

¿Dónde está su tumba? Probablemente en Chile.

¿Qué se sabe de su vida i de sus obras? Es lo que nos proponemos investigar.

El padre Alonso de Ovalle dice en su *Histórica relacion del reino de Chile*, que el capitán don Fernando Álvarez de Toledo era "un caballero andaluz muy valeroso i gran cristiano," que figuró en la conquista de Arauco (1).

Don Diego Barros Arana, en una introduccion que precede al *Puren Indómito*, se espresa de este modo: "A pesar de las investigaciones que hemos hecho en los archivos de las Indias depositados en Sevilla i en las mas ricas bibliotecas, no hemos podido obtener sino muy pocas noticias biográficas de don Fernando Alvarez de Toledo," (2) i concluye citando el pasaje del padre Ovalle a que acabamos de referirnos.

Forzoso es confesar que los epitafios de los sementérios suelen contener mas pormenores acerca de los muertos que descansan bajo sus lozas.

Nosotros podemos agregar a los datos recojidos, que don Fernando Alvarez de Toledo se embarcó en la espedicion que en 1581 zarpó de la Península bajo la direccion del almirante don Diego Flores de Valdez, conduciendo al Gobernador i Capitan jeneral de Chile, don Alonso de Sotomayor (3).

Esa espedicion compuesta de veinte i tres navíos, que llevaban a su bordo 3,500 hombres, gran número de familias de noble linaje i 600 veteranos de Flándes destinados a Chile, fué combatida i destrozada por los vientos i las olas. Las necesidades de la navegacion i recios temporales obligaron a las naves a hacer escala en las costas del Brasil, donde Álvarez de Toledo permaneció algunos meses.

Don Alonso de Sotomayor no atravesó el Estrecho, sino que se dirijió a Chile por la via de Buenos Aires, trayendo, a no dudarlo, en

(1) Ovalle, *Histórica relacion del reino de Chile*, lib. VI, cap. III, páj. 222.

(2) Alvarez de Toledo, *Puren Indómito*, introduccion, páj. 5.

(3) Mr. Gay en su *Historia de Chile*, tom. II, cap. IX, páj. 25, supone que esta espedicion salió de España a principios de 1582. Este es un error que puede refutarse fácilmente, viendo el viaje al Estrecho de Magallanes por el capitán Pedro Sarmiento de Gamboa i la relacion del viaje al mismo Estrecho practicado por la fragata Santa Maria de la Cabeza.

su compañía al futuro cronista de las guerras de Arauco, que talvez, i sin talvez, habia peleado bajo sus órdenes en las campañas de Flándes.

La vida de don Fernando Alvarez de Toledo debió estar sembrada de aventuras tan sorprendentes i variadas como las de una novela.

Consignando por escrito las cosas notables de que fué actor o testigo, habria podido componer un libro curioso i entretenido. El *Puren Indómito* no es mas que un fragmento de sus viajes. Visitó tantas rejiones, ya bárbaras, ya civilizadas; surcó el mar en medio de borrascas tan violentas, que seria poco compararle con Ulises, ese clásico aventurero, que, segun Horacio, vió las ciudades i costumbres de tantos hombres. Baste notar que Álvarez de Toledo, salido de la estremidad sur de la Europa, llegó hasta su estremidad norte; i despues de muchas vueltas i revueltas por el viejo mundo, vino a rematar en las playas occidentales del nuevo. Nuestro capitan andaluz decia en Chile hablando de sí mismo:

Para cualesquier calamidades
Tuve, tengo i tendré constante pecho.
Infortunios he visto i tempestades
En el mar de Noruega i paso estrecho,
Muertes, naufragios, espantables guerras,
En partes varias i en remotas tierras (1).

Desgraciadamente para los amigos de anécdotas, no sabemos cuáles son esos incidentes, i es probable que nunca los sepamos, porque ni el autor se cuidó de especificarlos, ni nadie se tomó el trabajo de averiguarlos, cuando era posible recojer sus pormenores para formar su biografía. Menester es resignarse a esta carencia de datos. Todavía don Fernando Álvarez de Toledo no es de los peor parados. Son innumerables los reyes i jefes, de los cuales no queda mas que el nombre, i ese talvez supuesto; son muchos los literatos i los artistas cuyas producciones serán inmortales, i de quienes no se sabe siquiera cómo se llamaban; deben ser muchos los grandes hombres en todas las esferas de la actividad cuyo recuerdo ha desaparecido completamente de la tierra, habiendo quedado borrados del catálogo de los vivos i del catálogo de los muertos, ellos i sus obras.

Despues de las correrías mencionadas, don Fernando Álvarez de Toledo se estableció en Chile. Durante su permanencia en nuestro suelo, su existencia es menos oscura i misteriosa. Si no podemos se-

(1) Álvarez de Toledo, *Puren Indómito*, canto 16, páj. 320.

guirle paso a paso, no por eso le perdemos completamente de vista. Por acá i por allá alcanzamos a divisar sus huellas. Muchas de sus ideas nos son conocidas; muchos de sus actos han llegado hasta nosotros. Su vida se asemeja a un libro descuadernado i hecho pedazos, al cual faltan las hojas del principio, las del fin i muchas del medio; pero en el que todavía se conservan algunas pájinas para poder tomar un lijero conocimiento del asunto.

En 1587, durante el gobierno de don Alonso de Sotomayor, el pirata ingles Tomas Candish, que con tres naves habia venido a asaltar i saquear las colonias españolas, entró en el puerto despoblado de Quintero para hacerse de agua, leña i otras provisiones de que carecia (30 de febrero); pero la jente que destacó con este objeto se retiró sin ejecutar lo que se le habia mandado por haber visto a tres españoles que por allí andaban inspeccionando, i temer que tras estos vinieran otros. Frustrada aquella tentativa, Candish, en medio de sus apuros, resolvió valerse de un español llamado Tomás Hernández, a quien anteriormente habia tomado en el Estrecho de Magallanes, i le envió para obtener de los habitantes que le suministraran pacíficamente los bastimentos de que necesitaba; pero el mensajero, en vez de cumplir su comision, se fugó pasándose a los suyos. Por aquella fecha se encontraba en Valparaíso un cuerpo de milicianos que con la noticia del arribo de las embarcaciones enemigas habia salido de Santiago para guarnecer la costa. Estando sobre aviso, la tropa mencionada se puso inmediatamente en marcha sobre Quintero, en cuyas cercanías estuvo emboscada hasta que los corsarios urjidos por la necesidad saltaron a tierra. Entonces los nuestros cayeron de improviso i con ímpetu sobre los ingleses, i los arrollaron i persiguieron casi hasta el mismo mar, "matando e hiriendo a muchos de ellos, dice el padre Ovalle, i cautivando a catorce; de los cuales justificaron despues a los doce, no con poca dicha suya, porque dejándose persuadir de la verdad de nuestra fé, se reconciliaron con la Iglesia Católica, Romana, dejando prendas de su predestinacion: los de las naves viendo lo poco que podian ganar con la jente de aquel país (que podemos decir se destetan desde la cuna en negocios de la guerra) hicieron vela, i navegaron al norte a las Californias, i de allí a Filipinas" (1). Don Fernando Álvarez de Toledo tomó parte en esta funcion de armas, i alabando a los que en ella se distinguieron dice:

(1). Ovalle, Histórica relacion del reino de Chile, lib. VI, cap. V, páj. 229.

Valor en gran manera
Descubre cada cual en la marina,
Derribando cabezas enemigas
Cual diestro segador cortando espigas (1).

Si don Fernando Álvarez de Toledo combatía denodadamente contra los extranjeros que pretendían invadir los dominios de su soberano, con mayor tesón todavía peleaba contra los indios para consolidar i acrecentar esos dominios. Sin embargo, el manejo de la espada no era su única ocupación, pues lo alternaba con el de la azada i el de la pluma. Entre combate i combate tenía tiempo para atender al cultivo de las posesiones que había adquirido i escribir en verso la historia de los sucesos acaecidos durante su estancia en el país, referentes todos ellos a esa obstinada lucha de los españoles contra los araucanos, que ha durado siglos, i que, contemporánea, puede decirse, del descubrimiento de Chile, continúa hasta nuestros días.

Don Fernando Álvarez de Toledo, que, como Ercilla, era escritor i soldado, i que, como el famoso poeta épico castellano, ha cantado una guerra en que él mismo era actor, ha referido naturalmente los encuentros en que él tomó parte contra los indígenas.

Durante el gobierno interino de don Francisco de Quiñones, los indios asaltaron una noche a Chillán i cometieron allí todo jénero de excesos: incendiaron, saquearon i mataron con inaudita ferocidad, habiéndose retirado al rayar el alba cargados de un precioso botín de mujeres, animales i cuantos objetos despertaron su codicia i pudieron arrastrar consigo.

Don Fernando Álvarez de Toledo era a la sazón alcalde ordinario de Chillán; pero no presenció aquella espantosa catástrofe; porque habiéndole escrito poco antes don Francisco de Quiñones para que le diese cuenta del estado en que se hallaba el distrito sujeto a su jurisdicción, había partido aquel mismo día para avisarle el descuido en que vivían los colonos i la agitación que se notaba entre los indígenas. Se puso en camino acompañado solamente de dos criados suyos. Estaba durmiendo en Itata cuando la población de su mando era entregada a saco. Una hora o dos después de haber amanecido, tuvo conocimiento por un indio del desastre ocurrido; i aunque agobiado de dolor por tan infausta nueva, se volvió a la ciudad a todo escape. Los perjuicios personales que había sufrido eran inmensos. Sus haciendas esta-

(1). Álvarez de Toledo, *Araucana*, versos citados por el padre Ovalle en su *Histórica relación*, lib. VI, cap. V, pág. 229.

ban asoladas, sus ganados robados i su jente asesinada. El espectáculo que ofrecia Chillan era el de una ciudad saqueada por salvajes: escombros, cadáveres, destrozos, luto i desolacion por todas partes. Los habitantes que habian quedado vivos, escuálidos i macilentos, cubiertos de sangre i de polvo, lloraban por los muertos i por los cautivos; cuya suerte era todavia mas triste que la de los muertos.

Solo a las veinte i seis horas despues del fracaso, se pudo organizar una compaña de cuarenta hombres, entre los cuales se incorporó don Fernando Álvarez de Toledo, para marchar en persecucion de los asaltantes. Un dia entero anduvieron buscándolos sin poder descubrir sus huellas. Al ponerse el sol, los españoles desesperanzados de darles caza pensaban ya en regresar a sus destruidos hogares, cuando acertaron a divisar una pequeña columna de humo en una montaña inmediata. Luego al punto se dirijieron hácia aquel sitio con las precauciones que el caso requeria, i encontraron sentados junto a una fogata a siete indios desarmados. Por pronta providencia indagaron de ellos el paradero de los otros, les cortaron en seguida la cabeza con tanta sangre fria como si se tratara de una camada de lobos, i siguieron el alcance con la rapidez del rayo; pero su carrera i su furia tuvieron que detenerse a la orilla de un estero cuyo raudal se habia acrecentado por la lluvia, i que no presentaba vado por ninguna parte: los bárbaros lo habian atravesado en su retirada echándose a nadar en un recodo donde la corriente no era muy violenta. Encontrándose detenidos por aquel obstáculo, i habiendo sobrevenido la noche, los cristianos se vieron forzados a volverse a la ciudad, cansados i molinos, sin haber probado un solo bocado en todo el dia i sin haber satisfecho su venganza.

Algun tiempo despues, reforzados los chillanejos, atacaron a los naturales, que habian fortificado el cerro de Colbe. Durante la refriega, Álvarez de Toledo recibió una pedrada tan recia, que a no ser por el fino temple de la celada, le habria partido la cabeza. Las piedras que los indios lanzaban con sus hondas eran tan certeras i mortíferas, como las balas que los españoles disparaban con sus mosquetes. El capitan perdió el sentido con el golpe; pero, cuando se recobró de su desmayo, supo que los enemigos habian fugado dejando seis muertos i diez prisioneros.

Episodios como estos debieron ser frecuentes en la vida de don Fernando Alvarez de Toledo.

La guerra con los araucanos no era un juego de niños, sino una

empresa mui séria; era una guerra de emboscadas i sorpresas en que habia que luchar contra la astucia i la ferocidad del salvaje. Los indios mataban a todos los españoles que se desbandaban, habian alcanzado importantes victorias sobre ellos, i amenudo los sitiaban en sus propias plazas. No estaba lejano el dia en que debian apoderarse de algunas de esas ciudades, una de las cuales atestigua todavía con sus ruinas la pujanza de su brazo.

II.

Si don Fernando Alvarez de Toledo no hubiera sido mas que un capitán cristiano i valeroso, poco o nada se habria distinguido de tantos aventureros a quienes el deseo de ilustrarse o de lucrar trajo a la América, i de quienes nadie en el dia hace mencion especial. Lo que le ha salvado del olvido, i nos mueve hablar de él, es el haber narrado en verso un largo período de la historia de Chile. Las hojas de papel escrito son muchas veces para el autor lo que las vendas embalsunadas eran para el cadáver de los ejiptos; conservan i transmiten a la posteridad la persona moral del hombre, como las segundas conservaban i transmitian intacto su cuerpo.

¿Cuántas i cuáles son las obras compuestas por don Fernando Álvarez de Toledo?

Antonio Leon Pinelo dice a este respecto, enumerando los historiadores del reino de Chile: "*Fernando Álvarez de Toledo*—poema que intitula: *Puren indómito*, que es del levantamiento de los indios del año de 1599 i muerte del gobernador Martín García de Loyola, manuscrito. El padre Alonzo de Ovalle, lib. VI, cap. VIII, i en otras partes, traslada en su relacion diferentes octavas de este autor en su *Araucana*, que parece obra diversa, segun el título." (1)

Lo que es una conjetura para Leon Pinelo es para nosotros una realidad; la *Araucana* de Álvarez de Toledo es un libro diverso del *Puren Indómito*, i nada mas fácil que probarlo.

Once son las octavas de la nueva *Araucana* copiadas por el padre Ovalle en su historia, i ningunas de ellas se encuentra en el *Puren Indómito*. Mas aun; todas esas octavas se refieren a sucesos anteriores a la muerte del gobernador don Martín García Oñez de Loyola, con que se abre este último poema; de manera que es imposible suponer que vinieran en él. Para que no quede sombra de duda, el padre Ovalle dice que en los cantos 9 i 10 de la nueva *Araucana*, Alvarez

(1). Leon Pinelo, Biblioteca Oriental i Occidental, tomo II, tit. IX, páj. 659.

de Toledo relata la victoria que obtuvo don Alonso García Ramon sobre Cadeguala, quitándole la vida en un desafío (1); i mientras tanto, basta leer el sumario de los cantos 9 i 10 del *Puren Indómito* para convencerse de que se refieren a sucesos posteriores i mui diversos.

Es indudable que el padre Ovalle no ha tenido el menor conocimiento del *Puren Indómito*. Despues de contar este autor la muerte del gobernador don Martin García Oñez de Loyola en el cap. XIV, del lib. VI, de su *Histórica relacion*, dice al principio del capítulo siguiente: "Aquí me hallo ya casi del todo sin ningunos papeles ni relaciones de la lastimosa tragedia que sucedió a las ciudades que habian fundado en Chile los españoles, despues de la que queda referida de su malogrado gobernador;" i se ve por la falta de datos i pormenores que no habia leído el *Puren Indómito*, al paso que tenia un conocimiento completo de la *Araucana* manuscrita, que cita en varias ocasiones.

El erudito don Ramon Briseño asienta en su apreciable obra titulada *Estadística bibliográfica de la literatura chilena* que son seis los poemas que contamos sobre la conquista de Chile, a saber: 1.º *La Araucana*, de Ercilla; 2.º *La continuacion de la Araucana*, de Santistevan i Osorio; 3.º *El Arauco Domado*, de Pedro de Oña; 4.º *El Puren Indómito*, de Álvarez de Toledo; 5.º *El Poema sobre las guerras de Chile*, anónimo manuscrito que se encuentra en la Biblioteca Nacional de Madrid, del cual posee una copia nuestro compatriota don Diego Barros Arana; i 6.º *Ricardo i Lucía o la destruccion de la Imperial*, de don Salvador Sanfuentes. (2)

Nos parece que a esta lista deberia agregarse por lo menos la *Araucana* de don Fernando Álvarez de Toledo, que es una obra diferente del poema anónimo sobre las guerras de Chile existente en la Biblioteca Nacional de Madrid, "cuya accion, segun el mismo don Ramon Briseño, comienza con la muerte del gobernador don Martin Oñez de Loyola, esto es, a fines del siglo XVI," lo que bastaria por sí solo para manifestar su diversidad, que para nosotros no admite duda por muchas razones que seria supérfluo enumerar.

Convendria que la Universidad de Chile, a la que debe tanto la historia nacional, diera algunos pasos para averiguar el paradero de la *Araucana* manuscrita de don Fernando Álvarez de Toledo, i procurara su impresion.

(1) Ovalle, *Histórica relacion* del reino de Chile, lib. VI, cap. XVIII, páj. 265.

(2) Briseño, *Estadística bibliográfica de la literatura chilena*, páj. 510.

III.

El mérito poético del *Puren Indómito* es ninguno. Le falta la inspiración, i le sobra la vulgaridad. Parece que el autor se hubiera propuesto deslustrar su poema con lunares de toda especie. Los pecados literarios que ha cometido son tan graves, que no pueden absolverse.

La forma esterna es tan defectuosa, que hai octavas enteras compuestas de sustantivos, adjetivos o verbos.

Recórranse simplemente con la vista, para evitar el fastidio de la lectura, las estrofas siguientes, en que Álvarez de Toledo, con ocasión de una borrachera celebrada por los purenes, enumera las diversas tribus que a ella concurrieron.

Vino la de Puren i de Pedoco,
De Paicaví, Guadava, Boquilemo,
De Elicura, Chichaco, de Malloco,
Conumpulli, Niningo i de Cotemo:
De Güsteque, Nontuco i de Nantoco,
Los cuyuncos, Molchen i Michilemo,
De Rolomo, Guilaco, de Chepimo,
Pétereve, Raucheo i Calcoimo.

La de Pilen, Guareva, Quecheregua,
De Puchanque, de Ongol, de Millapoa,
De Pilmaiquen, Torúa, Videregua,
Cayocupil, de Angolmo i de Claroa:
Tucapel, Rangoei, de Penqueregua,
Conyuncaví, Birguen, Coipo, Yuncoa,

De Pangue, de Lincoya, los toltenes,
Queule, Mangalican, i los cautenes.
Arauco, Lavapié, Quedico, Lebo,
Millarapue, Guyapo, Mareguano,
Cáurai, Mulmulla, Jabolebo,
Los coyunches que viven en lo llano:
No quedó viejo alguno ni mancebo
Que aquí no fuesen juntos mano a mano,
Que no hai para ellos hoy mayor contente,
Ni gusto que el beber i el mudamiento.

Itata fué, Quinel i Maguelboro,
Gualque, Rere, Gualebo, Lebopía,
Yumbel, Tomeco, Paque, Longotoro,
Aravilo i Gualpen en compañía,
Guaikipangue, Coiton con todo el coro
Que el grande Guachemávida tenia;
Los puelches fuertes, bravos i lijeros
Degrandes cuerpos i únicos flecheros. (1)

(1) Álvarez de Toledo, *Puren Indómito*, canto 2, pág. 39.

En las descripciones de los combates, vienen largas listas de los guerreros que se han distinguido, como habria podido hacerlas un jeneral en el parte de una batalla.

El jeógrafo i el historiador podran encontrar interesante esa serie de nombres propios de tribus i de personas; pero el aficionado a la poesía no puede encontrarla bella.

Describiendo el destrozo causado por don Francisco Jofré en un cuerpo de indios, Álvarez de Toledo se espresa en estos términos:

Al bárbaro escualdon bravo atropella,
 I cual hambriento tigre despedaza,
 Derriba, mata, hiende, pisa, huella,
 Castiga, daña, espanta i amenaza:
 Parte, corta, machuca, abre, degüella,
 Atormenta, deshace, i hace plaza,
 Esparce, siembra, estrella i arrebatá,
 Asuela, descoyunta i desbarata. (1)

Si don Fernando Álvarez de Toledo se hubiera limitado a ser prosaico, si hubiera sido solo trivial, se le habria tachado de mal escritor; pero no se habria podido pasar mas adelante, porque cada uno habla i escribe con el lenguaje i estilo que Dios le ha dado. Pero lo que sí puede vituperársele con razon es que emplee adornos inadmisibles, como las enumeraciones que anteceden i otros de la misma clase, porque indican a la vez ostentacion i miseria intelectual, pretenciones literarias i carencia de títulos en que apoyarlas.

¿Qué decir de esta octava?

Pues antes que este *tiempo* vuele i pase,
 Volemos i pasémonos con *tiempo*,
 Que el buen *tiempo* es razon se mida i tase,
 Para que no nos falte despues *tiempo*:
 Porque si el *tiempo* a *tiempo* nos faltase
 I no queremos ir despues sin *tiempo*,
 Nos dará un temporal de *tiempo* incierto.
 Que no deje tomar con *tiempo* el puerto. (2)

El escritor que ha pensado dar golpe con esta malhadada repeticion de la palabra *tiempo*, merece ser criticado a boca llena por su pésimo gusto.

Prescindiendo de estos defectos i de otros que se notan a primera vista, bastaria la excesiva bajeza del estilo para condenar el *Puren Indómito* como obra literaria.

(1) Álvarez de Toledo, *Puren Indómito*, canto VI, páj. 111.

(2) Álvarez de Toledo, *Puren Indómito*, canto VIII, páj. 137.

Seria no solo absurdo, sino hasta ridículo, que juzgásemos el libro citado aplicándole las reglas de una epopeya, siendo así que el autor no se ha propuesto escribir una epopeya, i que nosotros ereemos que no se puede exigir que todas las producciones literarias deban vaciarse en un molde determinado. Pero hai ciertos preceptos de los cuales en ninguna composicion es lícito apartarse.

Cuando se quiere referir sucesos históricos, es menester, a fin de dar alguna unidad a la narracion, agruparlos todos en torno de un personaje principal; i si este no existe, es preciso tomar como punto de mira un acontecimiento o una idea capital que domine el período de que se trata. Se necesita de un camino o de una brújula para no estraviarse en la marcha al traves de los campos de la historia: se necesita de un hilo para no perderse en el confuso laberinto formado por los hechos.

Álvarez de Toledo ha contado en el *Puren Indómito* la parte de la historia de Chile que se estiende desde la muerte del gobernador don Martin García Oñez de Loyola hasta la victoria de Yumbel alcanzada sobre los indios por el gobernador don Francisco de Quiñones; pero lo ha ejecutado sin arte, perdiéndose muchas veces en pormenores insignificantes, i saltando de acá para allá i de allá para acá, cual revuelta lanzadera, segun sus propias espresiones; de suerte que la época elejida, a mas de que no comprende ni la vida entera de un personaje ilustre, ni un drama completo i acabado, no ha sido referida de manera a producir la mayor impresion posible en el ánimo del lector.

Don Fernando Álvares de Toledo se presenta en su obra como un admirador de Pedro de Oña; reconoce que es inferior al poeta chileno, i considera un desvario entrar en competencia con él. ¡Cómo podria yo dar alcance, dice, cabalgando en un flaco rocin, a un jinete semejante que lleva la delantera, i que monta tan buen caballo?

No obstante sus alabanzas, sigue un método de composicion mui diverso, i su admiracion no está esenta de crítica. El título mismo de su obra, *Puren Indómito*, está demostrando su encubierta rivalidad i su deseo patente de hacer una cosa diversa del *Arauco Domado*.

Pedro de Oña cree que la verdad es una matrona demasiado noble i respetable para que se presente desnuda, sin galas ni atavios, por lo cual mezcla la historia con episodios novelescos destinados a servirle de adorno. Álvarez de Toledo refuta esta opinion, i piensa que no es conveniente hacer semejante amalgama, porque así se introduce

la confusion, i el lector corre riesgo de no poder distinguir la realidad de la fábula. Por eso se ha limitado a rimar una narracion seca i descarnada de los sucesos, sin ficciones ni averturas imajinarias.

Por nuestra parte confesaremos injenuamente que no gustamos mucho de esas historias en verso, i que abrigamos respecto de ellas la misma antipatía que el inca Garcilaso de la Vega, quien dice refiriéndose precisamente a las Historias de Chile: "que fuera mejor escribirlas en prosa, porque fuera historia i no poesia, i se les diera mas crédito." (1) Una historia en verso, aunque verdadera en el fondo, parece fabulosa por la forma.

IV.

Si el *Puren Indómito* no brilla por la magnificencia de su estilo, la buena concepcion de su plan i la sonoridad de su versificación, es sin embargo muy importante por la copia de datos históricos que contiene. Esta circunstancia será causa de que siempre se le lea con atencion e interes. Los hombres buscan la verdad aun cuando esté espresada en un lenguaje tosco i desaliñado, como buscan el oro aun cuando esté oculto entre las rocas i asperezas de los cerros.

Pero ¿merece algun crédito el *Puren Indómito*?

Nosotros juzgamos que debe considerársele como una de las fuentes primitivas de la historia de Chile.

La veracidad de don Fernando Álvarez de Toledo no puede ponerse en duda. Testigo de los acontecimientos, cuenta lo que ha visto por sus propios ojos, o lo que ha oido a personas competentes, segun cuida de esponerlo a cada paso, sin que se divise ningun motivo para que intencionalmente desfigure o altere los sucesos. Se encuentra por lo tanto en la misma categoría de cualquier otro historiador, con la sola diferencia de que ha escrito en verso, i no en prosa, lo que no es una razon para rechazar su testimonio, aunque a primera vista lo haga sospechoso. Nadie hasta ahora ha tratado de falsa la Gramática latina de don Juan de Iriarte por estar compuesta en verso, i no en prosa, como habria sido mas conveniente que lo estuviera.

La conformidad que se observa entre los documentos auténticos, que nos han quedado de la época i las páginas correspondientes del *Puren Indómito*, es un indicio seguro de que no se ha mentido en el resto de la obra.

Álvarez de Toledo está muy bien informado de todo. Sabe el nú-

(1) Garcilaso de la Vega, Comentarios reales, segunda parte, lib. 8.º, cap. XIII.

mero hijo de las tropas españolas, conoce a los capitanes que las mandan, designa con su nombre a los soldados que se han distinguido en la pelea, especifica las particularidades que han precedido, acompaña-do o seguido a cada encuentro, apunta la fecha i precisa de muchos acontecimientos, sigue a los cristianos i a los bárbaros en todas sus evoluciones, i entra en una multitud de pormenores que no pueden ser inventados. Si algo debe censurársele, es el haber sido tan minucioso, que en varias ocasiones se ha perdido en detalles hasta el extremo de hacerse pesado i fastidioso. El *Puren Indómito* no tiene las apariencias de una novela. Cuando un escritor presta realidad a hechos imaginarios lo hace con cierto propósito, con cierto plan, ya sea para pintar el carácter de un personaje, ya sea para desenvolver una intriga; pero nada de esto se divisa, ni siquiera remotamente, en el libro de que hablamos.

Se niega por algunos la veracidad de don Fernando Álvarez de Toledo porque refiere haber presenciado uno de los prodijios que, segun él, anunciaron la muerte del gobernador don Martín García Oñez de Loyola, a saber, el de una nube que apareció en el occidente, la cual tomaba la figura, ya de una zonda, ya de una bola, ya de guerreros armados, ya de una nave que arrojaba de su seno marinos de extraña catadura que iban a combatir con esos guerreros, ya de ovejas, ya la de una elevada montaña, ya por fin la de una inmensa mortaja. Sin mas auto ni traslado, se quiere condenarle como a un zurcidor de patrañas. Pero debe notarse que no es absolutamente imposible que una nube tomase formas fantásticas i caprichosas; que nada tiene de sorprendente que la imaginacion sobreexcitada despues de la catástrofe diera mayores proporciones a un fenómeno casual; que el autor invoca no solo su propio testimonio, sino el de otras personas fidedignas que contemplaron aquel espectáculo; i que la exajeracion de una página no es un motivo suficiente para que se fulmine anatema contra todas las otras. Si semejante objecion tuviera fuerza, seria preciso desechar casi todas las historias antiguas de Chile, que estan plagadas de sucesos sobrenaturales i milagrosos. Lo que el buen sentido aconseja en casos como este, es desechar lo inverosímil o hiperbólico i aceptar lo que lleva el sello de la verdad.

El padre Ovalle ha tomado una parte de su *Histórica relacion*, la relativa al gobierno de don Alonso de Sotomayor, segun él mismo cuida de advertirlo, de la *Araucana* de Álvarez de Toledo. Ahora bien, ¿por qué nuestro autor habría sido mas verídico en la *Araucana*,

que en el *Puren Indómito*, siendo así que la segunda de estas obras no es mas que una continuacion de la primera?

Aunque el *Puren Indómito* contuviese algunos hechos inexactos, siempre sería un documento importantísimo para conocer el espíritu del periodo a que se refiere. Leyendo este libro, puede uno formarse una idea cabal de las relaciones que existian entre araucanos i españoles.

La guerra de Arauco era una guerra terrible. Los indijinas ni daban ni recibian cuartel. Cuando vencian, arrancaban el corazon a los prisioneros, i se lo comian palpitante en espantosas bacanales; les sacaban las canillas estando aun vivos, i formaban con ellas flautas i pitos para animarse al combate. Los muertos de uno i otro bando no tenian con frecuencia mas sepultura que el vientre de las fieras o de las aves de rapiña. Cuando los araucanos perdonaban a los prisioneros era para exigir por ellos un fuerte rescate o para emplearlos contra los mismos españoles. Durante el asedio de la Imperial, el toqui hizo traer a un cautivo español i le obligó a combatir contra sus compatriotas.

La astucia era la única táctica que en aquella porfiada lucha se observaba. Las sorpresas i las emboscadas eran tan continuas, que los cristianos e infieles no daban un paso sin volver la cara a todos lados. El susurro del viento, el aleteo de los pájaros, el movimiento de los animales, la caída de una rama desgajada causaban miedo i sobresalto. La desconfianza era suma. En medio de cada bosque, en el fondo de cada barranco, detras de cada colina, a la vuelta de cada encrucijada, se temia encontrar una partida de enemigos. Cada árbol parecia un indio, dice Álvarez de Toledo.

Aunque los araucanos hubieran visto desaparecer la mayor parte de su ejército en una batalla, bastaba que hubiera perecido un solo español para que cantaran por suya la victoria. Las frecuentes pérdidas que experimentaban no les intimidaban para volverse a presentar mas numerosos i mas pujantes. La cabeza de un blanco clavada en una pica i paseada por toda la comarca, era una bandera mágica, que jenía el prestigio de alborotarlos i sublevarlos.

Por valientes que fuesen los españoles, no habrian podido subyugar a los indijenas, sino hubieran tenido el arte de incorporar en sus filas a muchos indios que los auxiliaban en sus empresas, que les prestaban toda clase de servicios, que peleaban i se hacian matar por ellos llevando la ocasion.

Naturalmente los indios de guerra miraban con suma ojeriza a los indios de paz. Les robaban su ganado, les quemaban sus ranchos, les arrebatában sus mujeres i sus hijos, los atacaban i degollaban cuando podían.

Los indios amigos no siempre eran fieles. El mal trato que recibían de los conquistadores, las pesadas cargas que se les imponían i las excitaciones de aquellos de sus compatriotas que no habían querido someterse, les impulsaban muchas veces a la rebelión. Cuando se sublevaban lo hacían cometiendo alguna traición horrible, que los reconciliaba con sus compañeros, i servía para que estos les perdonaran su pasada sumisión.

Los indios pintados por don Fernando Álvarez de Toledo no son esos indios heroicos, verdaderamente épicos, cantados por don Alonso de Ercilla i por Pedro de Oña. El autor del *Puren Indómito* no ha delineado ninguna figura como la de Caupolicán, Lautaro, Colocolo, Tucapel i Rengo, esos ilustres campeones de Arauco, cuyas acciones son famosas, i cuyos nombres son conocidos hasta de los que no han tomado nunca un libro en sus manos. Los indios de don Fernando Álvarez de Toledo son bárbaros que tienen el rostro de hombres, pero las entrañas de fieras. Destruyen por destruir; matan por matar. Si perdonan a los hombres que caen en sus garras, es por lo común para asesinarlos después con horribles tormentos; si perdonan a las mujeres, es para saciar en ellas sus brutales apetitos. Se ensañan hasta en los cadáveres. Son pérfidos, desleales, traidores, sin fé ni lei, repletos de dolo i de fraude, inhábiles para todo lo bueno, capaces para todo lo malo, demonios dignos de habitar en el infierno, debiendo advertir que podríamos llenar muchos renglones si copiásemos todos los de nuestros que el autor les prodiga. Es verdad que Ercilla i Oña, hablando en jeneral de los indígenas, les echan en cara algunos de los actos de ferocidad que acabamos de enumerar i les atribuyen los vicios propios de su atraso; pero en cambio les reconocen nobleza de ánimo i muchas prendas distinguidas, con las cuales adornan siempre a los jefes que ponen en escena. En el *Puren Indómito* no se encuentra nada de esto último. Desde las primeras líneas se conoce que Álvarez de Toledo no les tiene ni esa estima ni esa compasión que traspiran en los versos de sus antecesores, si bien confiesa los desafueros, i aun crímenes, de que los naturales han sido víctimas, i en ocasiones admira los afanes i padecimientos que soportan por amor a su patria, prefiriendo perder la dulce vida ántes que ser tributarios de sus invasores.

Pero, así i con todo, mas es el odio que la benevolencia que les profesa, al revez de lo que sucede a los autores de la *Araucana* i del *Arauco Domado*.

Los españoles no son mucho mejor tratados en el *Puren Indómito*. Álvarez de Toledo no sija las faltas que han cometido. Por el contrario, les levanta un proceso de que bien pudiera resultar una sentencia mui desfavorable contra ellos. Los presenta infringiendo todos los mandamientos de la lei de Dios, imprevisores i avarientos, supersticiosos i crueles, dando márjen por sus tropelías, desaciertos e injusticias a la sublevacion de los indijenas, que mas tarde convirtió tantas ciudades en ruinas i tantos campos en cementerios. De su libro pueden sacarse interesantes pormenores para escribir la historia de ese largo i tremendo martirio que los europeos hicieron sufrir a los primitivos poseedores de la América.

El *Puren Indómito* es la conversacion rimada de un soldado que instintivamente mira con ojeriza a los enemigos que le han tenido i le tienen en continuo sobresalto, que han saqueado sus propiedades i que han puesto en peligro su vida i la de sus dendos; pero que lanza tambien críticas amargas contra sus amigos i correligionarios, suministrando datos que permiten al lector juzgar con imparcialidad del estado social de aquellos tiempos.

INDUSTRIA I ARTES SUD-AMERICANAS.—Artículo del periódico frances *Le Pantéhon de l'industrie et des arts*.

Si las exposiciones son útiles para aquellos países cuya civilizacion data de algunos siglos atras, son tambien indispensables para aquellas naciones que acaban de nacer para la vida industrial. Las naciones jóvenes encuentran en este congreso del trabajo, no solo un medio para hacerse conocer i apreciar, sino tambien la ocasion para conocerse mejor a sí mismas. Estimarlas por una lejitima ambicion, aspirando a conquistar un nombre honroso en la gran campaña de la industria, hacer el inventario de sus riquezas, si se estudian a sí mismas; i este primer trabajo las conducirá a menudo al descubrimiento de tesoros hasta entonces ignorados, ocultos, perdidos.

Los Estados de la América del Sud han respondido al llamamiento que la Francia les ha hecho; por todas partes, en este inmenso territorio, desde el istmo de Panamá hasta las pampas de la Confedera-